

TERCER SÍNODO ARQUIDIOCESANO
ARQUIDIÓCESIS DE PARANÁ
2014-2016

El clima espiritual necesario para un Sínodo fecundo

“El que permanece en Mí... da mucho fruto” (Jn 15, 5)

La barca de nuestra Arquidiócesis está iniciando una hermosa aventura: la preparación y celebración del Tercer Sínodo de su historia.

En estos meses, escucharemos hablar del mismo, y serán anunciadas las diferentes etapas, los distintos encuentros, reuniones, comisiones, materiales para leer... Todos estamos involucrados en este proceso de *“discernimiento, purificación y reforma”* (papa Francisco)

Pero tanto o más importante que las etapas, el método y los instrumentos de participación es el clima espiritual.

Para que el Sínodo sea verdaderamente obra de Dios, debemos PERMANECER en un clima distintivo, un clima espiritual que es un don que hemos de pedir y que a la vez debemos procurar alcanzar.

Nos parece que para describir este clima, puede ayudarnos pensar que el lugar y la atmósfera en la que debe permanecer el Sínodo es el **CENÁCULO**.

¿Por qué?

- a) El Cenáculo es el lugar de la **intimidad con Jesús** en la **oración, escuchando la Palabra**.
- b) El Cenáculo es el lugar de la **Eucaristía**.
- c) El Cenáculo es el lugar de la **Efusión del Espíritu Santo, que crea unidad en la diversidad**.
- d) El Cenáculo es el lugar donde **María nos hace sentir hermanos y nos enseña a ser discípulos**.
- e) El Cenáculo es el lugar donde **comienza la Misión** de la Iglesia.

a) El Cenáculo es el lugar de la intimidad con Jesús en la oración, escuchando la Palabra

El Jueves Santo, en la Última Cena, los apóstoles vivieron una experiencia única, superior a todos los momentos anteriores compartidos con el Señor. Nos lo cuenta especialmente Juan, en los capítulos 13-17 de su Evangelio.

Sabiendo que había llegado la “Hora” de pasar de este mundo al Padre, Jesús les abrió el corazón de par en par. Les reveló el misterio del ser divino, mostrándose como camino hacia el Padre y como dador del Paráclito. Les dio el mandamiento del amor como el signo distintivo de

ser discípulos suyos. Los llamó amigos. Les pidió que **permanezcan** en él, para poder dar frutos.

Sobre todo, en el Cenáculo los apóstoles pudieron ver el Corazón abierto de Jesús en oración al Padre. Jesús, Sumo Sacerdote, se ofrece a su Padre como sacrificio de alabanza, reza por su Iglesia, reza por el mundo entero.

El Cenáculo es Jesús rezando, suplicando al Padre por su pequeño rebaño, que cumplirá su misión siempre en medio de persecuciones. Por eso no deben temer: *Él ha vencido al mundo*.

Una *atmósfera similar* se vivía en el Cenáculo luego de la Ascensión. Los Apóstoles, acompañados ahora por María, por otras mujeres, y por muchos hermanos, perseveraban íntimamente unidos en oración, escuchaban las enseñanzas de los Apóstoles. Suplicaban con insistencia que viniera sobre ellos el Espíritu. Sabían que no podían cumplir la misión con sus propias fuerzas. Eran conscientes de su fragilidad. Por eso perseveraban, insistían. Cómo les había dicho Jesús: *"pidan y se les dará, busquen y encontrarán, llamen y se les abrirá..."*

La preparación y desarrollo del Sínodo debería transcurrir en estas actitudes: intimidad con Jesús y su oración; súplica insistente del don del Espíritu. Por eso todos somos importantes, todos somos "necesarios": no todos participaremos de las reuniones o formaremos parte de las comisiones, pero todos podemos y debemos "interceder".

b) El Cenáculo es el lugar de la Eucaristía

El Jueves Santo, celebrando la Pascua Judía, Jesús realizó un gesto inaudito. En medio del preciso ritual judío, dio a los Apóstoles un trozo de pan, acompañado de misteriosas palabras: *"esto es mi Cuerpo..."* Luego hizo lo mismo con el cáliz, diciéndoles: *"...esta es mi Sangre. Hagan esto en memoria mía..."*

En su cena de despedida, antes de morir, se quedó para siempre. A través de la Eucaristía, Jesús permanece siempre en su Iglesia: *"Yo estoy con ustedes hasta el fin del mundo"*.

A través de la Eucaristía, Jesús nos fortalece para vivir el mandamiento del amor: *"El que come de este pan permanece en mí y yo en él... el que me coma vivirá por mí"*.

A través de la Eucaristía, el Señor nos hace ser verdaderamente *"un solo cuerpo"*. *"Porque comemos un sólo pan, nosotros, que somos muchos, llegamos a ser un sólo cuerpo"* dirá San Pablo.

La Eucaristía es el Sacramento de la Unidad. Es la meta y cumbre a la que tiende toda su acción, y a la vez, la fuente de la que mana toda su fuerza.

En la preparación y desarrollo del Sínodo, que tendrá como tema "la parroquia", queremos redescubrir la fuerza renovadora de este Sacramento de la Caridad.

En la Santa Misa dominical y diaria, entregaremos al Señor la vida de la Arquidiócesis, y le pediremos que nos alimente para caminar juntos, sin desanimarnos por las dificultades.

En la Adoración al Santísimo Sacramento, que necesitamos acrecentar en nuestras comunidades, redescubriremos que el Señor Resucitado es la Roca en la cual siempre podemos apoyarnos.

c) El Cenáculo es el lugar de la efusión del Espíritu Santo, que crea unidad en la diversidad

En el Cenáculo se obró una radical transformación en el corazón de los Apóstoles. El Paráclito los inflamó en el fuego del amor. Iluminó sus corazones con la luz de la fe. Renovó en ellos la

alegría de ser discípulos de Cristo. Les dio un coraje infinito.

En los Hechos de los apóstoles -donde en varias ocasiones se renueva esta efusión- el Espíritu es el **gran protagonista**. Es el Alma de la Iglesia, que, cuando se deja conducir por Él -y no según criterios humanos- evangeliza, celebra y sirve a Dios y a los hombres.

El Espíritu Santo se manifestó en Pentecostés y luego en otras ocasiones a través de la *diversidad* de lenguas. En ellas está prefigurada la extensión universal del Pueblo de Dios: ya desde su origen la Iglesia habla todas las lenguas del mundo.

Pero también podemos ver en esa *diversidad* los variados carismas que el Espíritu suscita: a cada uno se le ha dado un don para el servicio del cuerpo.

Estos diversos carismas no son fuente de división o enfrentamiento. Al contrario: son un llamado a abrirse a la riqueza que Dios pone en el hermano. Estos carismas -expresados muchas veces en los diferentes movimientos y espiritualidades eclesiales- son de un valor inmenso para la obra de Dios. Son un talento que no debe ser escondido, sino puesto a disposición de los hermanos.

El mismo Espíritu que suscita la diversidad es el que, a la vez, hace que los apóstoles sean *"un sólo corazón y una sola alma"*. Por eso los paganos podían decir: *"miren cómo se aman"*. Se cumplía así el pedido de Jesús: *"que todos sean uno, para que el mundo crea"*.

En la preparación y desarrollo del Sínodo, necesitamos nuevamente dejar al Espíritu el protagonismo. No somos nosotros los que hacemos la Iglesia: es obra suya. Nuestras iniciativas, las estructuras, las reuniones, la planificación y evaluación, son importantes en la medida en que permanecen abiertas a su acción. *"No extingáis el Espíritu"* decía San Pablo a los Tesalonicenses.

Recordamos las palabras del Patriarca Atenágoras, durante el Concilio Vaticano II: *"Sin el Espíritu Santo, Cristo pertenece a una época ya pasada, el Evangelio es letra muerta, la misión pura propaganda, el culto no es más que pura representación y el comportamiento humano una moral de esclavos. Pero con el Espíritu Santo, Cristo está presente, el Evangelio es la misión trinitaria, la liturgia es un memorial y un anticipación y el obrar del hombre se vuelve divino"*.

Benedicto XVI, el 8 de Junio de 2009, decía también: *"El Espíritu Santo es el alma de la Iglesia, sin el cual ésta sería un gran movimiento histórico, una compleja y sólida institución social, tal vez una suerte de agencia humanitaria. Y es así como la consideran aquellos que están fuera de una óptica de fe. Sin embargo Iglesia está incesantemente plasmada y guiada por el Espíritu de su Señor. Es un cuerpo vivo, cuya vitalidad es justamente fruto del invisible Espíritu Divino"*.

Nosotros necesitamos que el Espíritu suscite en este tiempo difícil la riqueza y diversidad de sus dones y carismas. Será la ocasión para que conozcamos y reconozcamos cuánta riqueza hay en nuestra Iglesia diocesana, a través de la presencia vivificante de los movimientos.

Y a la vez, necesitamos que nos dé la madurez necesaria y la grandeza de corazón para evitar cualquier enfrentamiento, porque *"el camino más perfecto... es el amor"*. Ese amor es la fuente de una verdadera y durable **comunidad**. Queremos que el Espíritu suscite en nuestra Arquidiócesis una verdadera **"espiritualidad de la comunidad"**.

d) El Cenáculo es el lugar donde María nos hace sentir hermanos y nos enseña a ser discípulos

En el Cenáculo, luego de la Ascensión, encontramos a María.

Ella, siempre discreta, acompañando a Jesús desde el claroscuro de su oración y apoyo incondicional, se hace ahora más visible, siempre desde su propia identidad y misión materna.

Aparece como **Madre**, ayudando a los apóstoles a sentirse hermanos, animándolos en sus momentos de oscuridad, sosteniendo su esperanza.

Aparece como **Maestra de oración**, dándoles un verdadero ejemplo de confianza en que Dios siempre cumple sus promesas, porque *"nada es imposible para él"*.

Aparece, por último, como **Modelo de discípula**. Ella escucha y obedece la voz del Hijo con corazón dócil: *"permanezcan en Jerusalén hasta que sean revestidos de la fuerza que viene de lo alto"*.

La Iglesia naciente, según el paradigma de María, se deja fecundar por el Espíritu para dar a luz nuevamente a Cristo en las almas, para engendrar nuevos cristianos.

De alguna manera, los apóstoles y todos nosotros estamos, ya desde entonces, en su Corazón de Madre. En ese Inmaculado Corazón es donde debe transcurrir nuestro Sínodo.

Para eso en este tiempo queremos redescubrir la presencia materna de la Virgen del Rosario, patrona y fundadora de Paraná. Ella nos precede en el camino hacia Dios. Ella está aquí, con nosotros, desde el origen de nuestra Arquidiócesis. Ella reina desde el trono que los hijos de Paraná han querido erigirle, y quiere reinar en cada hogar y cada corazón.

Nuestra arquidiócesis y nuestras parroquias necesitan ser marianas, para poder ser verdaderamente fecundas.

Por eso la oración del **Santo Rosario** -personal y comunitaria- será un elemento esencial para obtener de María el don de la docilidad a la acción divina. La oración de los niños, la oración de los enfermos, la oración de los ancianos, será una fuente de fecundidad insospechada.

e) El Cenáculo es el lugar donde comienza la Misión de la Iglesia

El Cenáculo es siempre un punto de referencia, pero la Iglesia, que nace allí, no permanece allí indefinidamente. La Iglesia sale, impulsada por el Paráclito. La Iglesia existe para evangelizar.

El Sínodo tiene como finalidad última salir al encuentro de aquellos que no conocen al Señor. Ir hacia toda periferia en que nuestros hermanos, por no conocer a Jesús, están en la oscuridad.

Una Iglesia que vive la experiencia del Cenáculo, transformada por Dios, es necesariamente una Iglesia misionera. *"Jesús mismo es el modelo de esta opción evangelizadora que nos introduce en el corazón del pueblo. ¡Qué bien nos hace mirarlo cercano a todos! Si hablaba con alguien, miraba sus ojos con una profunda atención amorosa... Lo vemos accesible cuando se acerca al ciego del camino (cf. Mc 10,46-52), y cuando come y bebe con los pecadores (cf. Mc 2,16), sin importarle que lo traten de comilón y borracho (cf. Mt 11,19). Lo vemos disponible cuando deja que una mujer prostituta unja sus pies (cf. Lc 7,36-50) o cuando recibe de noche a Nicodemo (cf. Jn 3,1-15)... Cautivados por ese modelo, deseamos integrarnos a fondo en la sociedad, compartimos la vida con todos, escuchamos sus inquietudes, colaboramos material y espiritualmente con ellos en sus necesidades, nos alegramos con los que están alegres, lloramos con los que lloran y nos comprometemos en la construcción de un mundo nuevo, codo a codo con los demás. Pero no por obligación, no como un peso que nos desgasta, sino como una opción personal que nos llena de alegría y nos otorga identidad"* Evangelii Gaudium 269.

Cinco elementos indispensables para el Sínodo:

1. Intimidad con Jesús en la oración.
2. Celebrando con fe y adorando a Jesús en la Eucaristía.
3. En el Espíritu Santo, que suscita la unidad en la diversidad.
4. Junto a María, Reina del Santo Rosario, como discípulos.
5. Para la Misión.